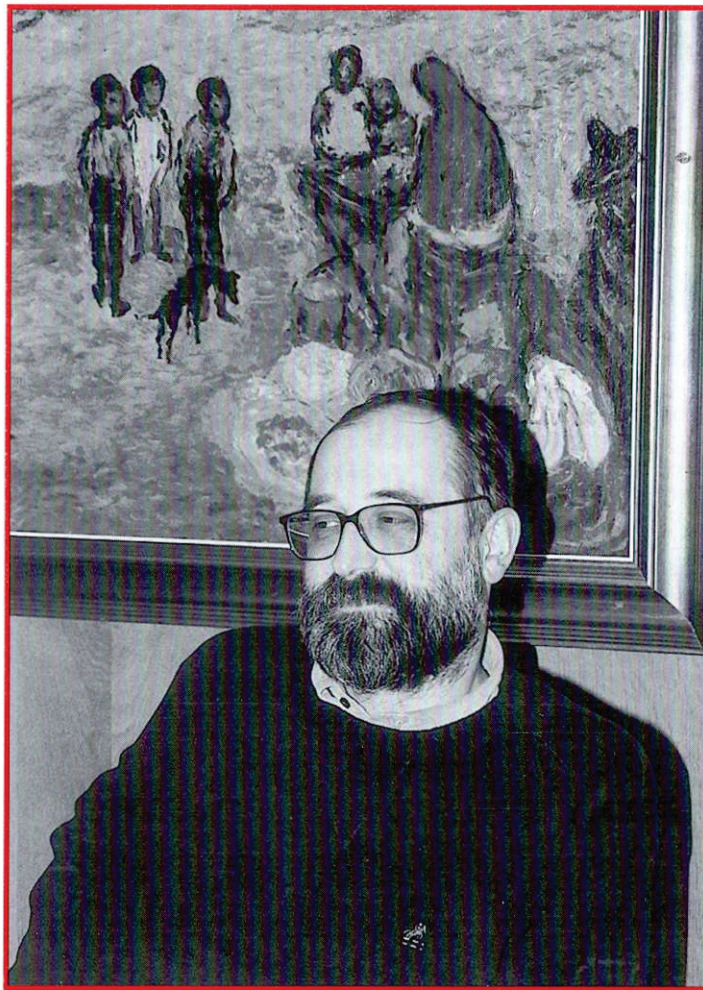


Entrevista a Daniel Buján y Fina Casalderrey, PREMIOS BARCO DE VAPOR

— Cristina de Llano / Leticia Dotras —

DANIEL BUJÁN ha sido el ganador del último premio *O Barco de vapor*, de literatura infantil escrita en gallego, que la editorial SM concede anualmente. Entre las muchas obras que se presentaron a concurso, este año el premio recayó por unanimidad en este coruñés sensible, de habla serena y reposada. En su despacho de la Consellería de Cultura, en Santiago, nos habló de su pasión por los libros, de este su primer cuento, que decidió presentar a concurso (*A pirata Noa Penamoura*, presentado bajo el seudónimo Manolo de Chantada), de sus proyectos literarios...



«Hay que evitar en literatura crear personajes demasiado unidimensionales, porque nunca son personajes ricos ni reales...»

puñetazo le saltaba un ojo a un contrincante; me pareció tan fuerte y tan desagradable esa especie de prepotencia que no seguí leyendo sus obras.

P. En tu cuento, en cambio, abunda la ternura. ¿Crees que hoy es un valor literario?

R. Es posible que la literatura actual no vaya por ese camino; la ternura, concretamente, no es un valor que está en alza. Por otra parte es muy difícil de tratar el tema porque puedes caer en *La casa de la pradera*. Tiene que existir sentimiento, claro, pero hay que saber dosificarlo y evitar el sentimentalismo.

PREGUNTA. Daniel, hablemos de las lecturas de tu infancia.

RESPUESTA. Fundamentalmente Julio Verne. De niño fue mi lectura preferida. Se ha comentado que en el cuento de *Noa Penamoura* los títulos de los capítulos son cervantinos, y es verdad, pero los utilizan también Julio Verne y otros. En cambio, nunca he sido lector de Salgari, tan popular, por una razón muy concreta: en la primera novela que leí de este autor había una pequeña escena en la que el protagonista de un

P. En una historia de piratas que se precie, tiene que haber buenos y malos. Pero “tus malos” inspiran una gran simpatía, son “los malos” y, sin embargo, no lo son del todo...

R. Yo creo que uno de los elementos que marca muchas veces la buena literatura es que no haya personajes maniqueos. Una de las razones de que Shakespeare siga siendo Shakespeare es porque sus personajes siempre tienen este don. El

monólogo del judío, en el *Mercader de Venecia*, resulta tan extraordinario porque además de ser el personaje negativo, consigne que el lector se diga “pues tiene razón, quizás tenga razón”. Hay que evitar en literatura crear personajes demasiado unidimensionales, porque nunca son personajes ricos ni reales. Y creo que en esto, como en otras cosas, la literatura para niños no tiene por qué ser distinta de la literatura para adultos. Yo he intentado también a través del humor darles un interés literario.

P. ¿Es importante pasarlo bien escribiendo?

R. Sí, sí. Yo lo paso muy bien. Incluso hay momentos en que te hace gracia lo que acabas de poner. Se disfruta enormemente. Aunque repaso muchas cosas y quito, pongo y vuelvo a quitar cuando han pasado unas semanas o un mes, pues a lo mejor ya hay cosas que no me hacen tanta gracia.

P. Al escribir, ¿piensas en alguien concreto, alguien a quien va destinado el relato?

R. No, no pienso en el posible lector. Escribo un poco para mí, para pasarlo bien, y si gusta a otros, lo encuentran divertido, estupendo.

P. ¿Escribes, quizá, esa historia que te hubiera gustado haber leído?

R. Es posible. Yo creo que eso lo hacemos todos un poco. Aunque soy muy exigente conmigo mismo. Soy muy exigente con lo que leo y también lo soy con lo que escribo: noto enseguida cuando chirrían las cosas, aunque sabes que siempre hay algunas que se te escapan. Por eso es conveniente que lo lea también una tercera persona.

P. Sabemos que Noa Penamoura soñaba con grandes viajes de aventuras por las noches, mirando el cielo estrellado, mientras la madre le subía un cuenco de caldo (ese cuenco de caldo gallego que añora y que es el “leit motiv” del cuento), y el relato termina con Noa de regreso y soñando igualmente mientras mira el cielo y espera ese cuenco de caldo. Pero esta última Noa ya no puede ser la misma... ¿Se puede decir que estamos ante un relato de aprendizaje?

R. Es complejo. Pero sí, se puede decir que es una especie de aprendizaje. A todo el mundo le pasa. En alguna época de su vida, cae en la cuenta de que ha dejado muchas cosas en el camino y debe recuperarlas. En general se crece a base de crearse corazas, o de tener miedos de sentimientos, o de crearse un mundo desde donde defenderse... A partir de cierta edad, sobre todo cuando ya eres un poco más fuerte, caes en la cuenta de que en muchas de las cosas que te has dejado atrás —porque has sentido vergüenza de ellas, o porque no las has valorado lo suficiente—, está lo que eres tú mismo, lo más esencial de ti y quieres recuperarlas. Quiero decir, que llega un momento de tu vida que en vez de estar rompiendo cosas, estás recuperándolas. Creo que *Noa Penamoura* está en ese momento de su vida: ha tenido que marcharse de casa, ha viajado, pero se da cuenta de que allí, en la aldea, dejó algo mucho más importante que todos los tesoros y aventuras acumulados en su vida de pirata. Y entonces regresa. Sí, es un relato de aprendizaje, pero muy distinto del tipo de aprendizaje que podemos observar, por ejemplo, en *La isla del Tesoro* de Stevenson.

P. Podemos hablar, entonces, de un sistema de valores. El cuenco de “caldiño” sería una alegoría...

R. Sí, indudablemente hay un sistema de valores que defiende el regreso a lo sencillo, a lo no aparatoso, a las cosas pequeñas que dan la felicidad más auténtica. Quizá eso le da una coherencia interna a lo que cuentas.

P. Se dice que toda primera novela (o cuento en este caso) es autobiográfico...

R. Posiblemente. Quizá en *Noa Penamoura* están más mis sentimientos, pero hay un poco de ellos en todos los personajes. Recuerdo ahora ese método de teatro de aprendizaje que defiende el buscarte a ti mismo en cada personaje.

P. ¿Lees mucha literatura infantil?

R. No. Tan sólo los que leí de pequeño. La verdad es que no me planteé tampoco que iba a escribir un cuento para niños. En cambio, soy un gran lector de tebeos y de comics. Creo que hay grandes narradores de comics y, sobre todo, grandes ilustradores, que suelen pasar bastante desapercibidos. Es una pena.

P. Es muy importante, claro, tener en casa una buena biblioteca.

R. Muy importante; fundamental. Creo que es muy difícil que salga un niño lector en una casa en que no hay una buena colección de libros. En mi caso, fui afortunado: mi padre trajo a casa la biblioteca de mi abuelo y teníamos una colección estupenda. Aparte de las enciclopedias, que eran muy buenas, prácticamente teníamos todo el siglo XIX; mucha literatura rusa, alemana...; pero no sólo los autores clásicos (Dostoyeski, Tolstoi, Chejov, Proust, Rousseau...), sino también otros autores menos conocidos pero igualmente magníficos.

P. ¿Empezaste a escribir pronto?

R. Pues tarde, la verdad. Anotaba cosas sueltas, impresiones. Este cuento es lo primero que escribo sistemáticamente.

P. ¿Y proyectos?

R. Sí, los hay. Ahora estoy con un cuento donde hombres y animales conviven, hablan y tendrán sus aventuras comunes.

Lo más difícil de la escritura para mí, es encontrar lo que yo llamo “el tono”, algo particular, aquello que te permite encontrarte a gusto y cómodo con lo que estás escribiendo. Cuando me siento a escribir, sé la historia que quiero contar, aunque no sé el final. De hecho, este cuento tuvo varios fina-

«Suelo leer en alto lo que he escrito y confieso que a veces recorro a adjetivos, por ejemplo, que no son absolutamente necesarios sólo para cumplir la función de redondear ese ritmo. Es decir, suelo “rellenar” posibles huecos en cuanto a sonoridad y ritmo se refiere...»

les antes de este definitivo. A veces, tú tienes la historia y la escribes y no te gusta, no sabes por qué, pero no te gusta. No has encontrado “el tono”. Y la dejas dormir, y cuando la recuperas sucede que, a veces, encuentras “el tono” y consigues llegar hasta el final. Y entonces te sientes cómodo, te gusta.



P. El caldo que añora Noa, ¿qué tiene de la magdalena de Proust?

R. Mucho. Creo que se trata de una evocación a través de los sentidos que guarda un gran paralelismo con la historia de Proust. De hecho, el olfato para mí es muy importante. En concreto hay un olor, el de la goma de la encuadernación de los libros, que me resulta especial. Creo que los sentidos tienen un gran poder de evocación y de enriquecimiento, y uno de los aspectos negativos de la sociedad actual es la pérdida de ese valor. No sólo hay que revalorizar el sentido del olfato y aprender a disfrutarlo, sino todos los demás. El mismo tacto casi está olvidado, se ha perdido la caricia. Recuerdo la historia que cuenta Catulo de que tenía un amigo suyo de la guerra que lo saludaba dándole un beso en el cuello. Hoy eso nos choca. Pero corresponde a una visión mucho más ligada a los sentidos. Creo que esa visión, que es tan mediterránea, —pienso en el mundo grecolatino—, se ha conservado mucho mejor precisamente en el mundo mediterráneo: los árabes por ejemplo, o incluso nuestro sur peninsular. Los grandes filósofos y poetas antiguos cultivaban con gusto estos placeres sencillos que se obtienen a través de los sentidos.

P. ¿Hay algo que te preocupa concretamente cuando escribes?

R. El ritmo. Suelo leer en alto lo que he escrito y confieso que a veces recorro a adjetivos, por ejemplo, que no son absolutamente necesarios sólo para cumplir la función de redondear ese ritmo. Es decir, suelo “rellenar” posibles huecos en cuanto a sonoridad y ritmo se refiere. No soy un esteticista en absoluto, pero cuido al máximo la forma. Aunque si hay que sacrificar algo, sacrifico la forma antes que el fondo. Es una actitud muy personal, que extendiendo tanto a literatura como a la pintura, escultura, y cualquier arte. Pienso ahora en esos artesanos de la Antigüedad que trabajan la forma con la finalidad de recrear la divinidad y ahí está la Belleza, así, con mayúsculas. Pero es impensable cualquier obra de arte que sólo sea forma sin contenido; no hablo de mensaje, eso es otra cosa. Me refiero a ese “todo” de que debe constar cualquier obra de arte, incluyendo la literatura.

A PIRATA NOA PENAMOURA



Autor: Buján, Daniel
Editorial: S.M. (en prensa)
Colección : O Barco de Vapor
Edad: A partir de 12 años

La historia nos cuenta la vuelta a casa de la capitana Penamoura, terror de los siete mares. Noa Penamoura, capitana de un barco de piratas con el título “cum laude” otorgado por los piratas y bucaneros de las Antillas, siente “morriña” por volver a su tierra para comer una “cunca de caldiño quente”.

Es entonces cuando comienza la aventura de vuelta a casa y aparecen los malvados, que nunca faltan en un relato de aventuras, que no dan crédito a semejante antojo de la capitana sino que están seguros de que lo que persigue es un gran tesoro escondido en su tierra de origen.

El relato nos lo narra uno de los personajes de la historia, Manolo de Chantada. Está dividida en capítulos y cada uno de ellos consta de un encabezamiento en el que nos hace como un pequeño resumen de lo que va a tratar. Escrito con un ritmo ágil y desbordando buen humor, con una prosa rica y llena de musicalidad, las descripciones superan al diálogo.

La historia, llena de mensajes subliminales como la crítica social a la ambición desmedida del dinero o lo molesto que resultan las personas singulares para los mediocres, está siempre tratada con ternura y poesía.

Fina Casalderrey nació en San Andrés de Xeve (Pontevedra) el 11 de agosto de 1951. De niña pasó a vivir a Lárez, donde fue a la escuela. Su primer contacto con la literatura fue a través de su padre, que le contaba cuentos e historias de sí mismo. Cuando aprendió a leer, su padre le regaló cuentos y tebeos que ella tomaba como golosinas. Más tarde, comenzó a

amar la literatura conscientemente. Estudió magisterio y fue entonces cuando conoció a un rapaz con el que se casó y tuvo dos hijos. Es maestra en un colegio público de Moraña (Pontevedra). El año pasado, su obra *O misterio dos fillos de Lúa* (Premio Barco de Vapor 1994) recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil.

P. En tus obras llaman la atención una serie de temas como la defensa de la tolerancia, de la justicia, de la paz, la denuncia del racismo y todo ello siempre en boca de los niños. ¿Lo haces con la intención clara de una defensa de los valores?

R. La Literatura Infantil y Juvenil en España, nació como una función pedagógica, demasiado cargada de didactismo y después se pasó al otro lado, a estar demasiado pendientes de que no nos tachen de moralina. Yo intento olvidarme de los adultos. Los niños me quieren y yo a ellos. Pienso que si tengo unos valores propios y una ética ¿no se me notará? ¡Ya lo creo que sí! Yo sólo quiero contar una historia. De cada libro podría decir qué fue lo que me movió a hacerlo. Siempre fue algo que me conmovió a mí primero, un escalofrío.

P. Entonces, ¿tus libros son una protesta?

R. No lo sé. No, no es por querer protestar. Inconscientemente siempre hay una protesta porque siempre hay algo a nuestro alrededor que no nos gusta. Lo único que pretendo es buscar la manera de contar una historia que encontré y que me parece interesante, de la forma más bonita, olvidándome de esa autocensura oculta que llevamos dentro los que escribimos. Yo pretendo meterme en todo partiendo de lo que decía antes: quiero a los niños y tengo una moral y una ética. Se puede resolver cualquier tema sin escandalizar. Si además se puede arrancar una sonrisa u otro tipo de sentimiento, aunque sea una lágrima, mejor.

P. ¿Has llegado a llorar alguna vez mientras escribías algunas de las escenas llenas de ternura, como son los diálogos de Noema con su abuelo?

R. Cuando escribí ese libro, por el que tengo un cariño muy especial, me habían hablado de problemas de salud familiares. A mí me apeteció meterme en la piel de una niña de 6 años. Sí, lloraba cuando escribí algunas escenas. Fue un desahogo. Yo necesitaba ser esa niña para no hundirme, aunque al mismo tiempo no podía apartar esa realidad que me estaba



oprimiendo. Sí, escribí con lágrimas.

P. De manera que te sientes muy libre escribiendo...

R. Sí, me gusta escribir todo seguido. Cuando tengo una historia me gusta que salga toda de una vez. A veces me preguntan los niños cuánto tarda en escribir un libro. Yo siempre les contesto: poco. Sólo escribo en períodos de vacaciones porque yo, como maestra, creo que los niños cuanto más les quieres más te absorben y llegas a casa pensando en ellos. No me es

posible dedicarme a otra cosa en tiempo de colegio: ser maestra y atender a mi familia.

P. El trabajo como maestra tiene que ser una cantera estupenda..

R. Supongo que sí. Creo que todos somos un poco fruto de nuestras experiencias. De la profesión, de la familia, de nuestras vivencias, de nuestras lecturas.

P. Roald Dahl es uno de tus autores favoritos ¿cuál de sus libros o de sus personajes te parece el más divertido, el más tierno, el más interesante?

R. Cuando leo a Roald Dahl me parece que sus palabras tienen vida. Da igual que se escriba para niños o para adultos, sí el libro es bueno, siempre gusta a todos. *Matilda* me gustó por su ternura. Pero en *Danny el campeón del mundo* cuenta todo de una manera que, aunque es increíble y disparatada, te lo crees porque Roald Dahl sabe meterse en la piel del personaje. Eso es precisamente lo que yo intento.

P. ¿Qué te resulta más fácil, meterte en la piel de un niño o en la de un adolescente?

R. Depende del tema en sí. Depende de quién puede sufrir más el problema en el que tú intentas meterte. Por ejemplo, cuando escribí *O misterio dos fillos de Lúa* (*El misterio de los hijos de Lúa*) me metí en la piel de un niño de 8 años porque me parecía que el misterio de la vida está todavía en los niños de esa edad. A esa edad suelen preguntarse: "Ya sé por donde salieron los gatitos de Lúa pero ¿por dónde entraron primero?"

P. Pero ¿con quién conectas mejor?

R. Yo quisiera conectar con todos. Aún sigo recibiendo cartas muy bonitas de adolescentes desde que escribí *¡Pásmate Merche!*. Yo tenía otros finales con los que, tal vez, la novela hubiese tenido otra consistencia, sin embargo preferí meterme en la piel de una adolescente y buscar un final rosa.

P. ¿Tienes recopilados esos cuentos de narración oral que oías a tu padre cuando eras niña?

R. Algo siempre sale. En *El estanque de los patos pobres*, cuando el abuelo le cuenta a su nieta historias de cuando era niño o historias de moros, son historias que me contaba mi padre.

P. ¿Conservas esas primeras obras de teatro que escribías para tus alumnos?

R. Algunas están publicadas pero confieso que cuando escribí eso nunca pensé que fueran a ser publicadas. Si eran cuarenta alumnos, salían cuarenta personajes. Si eran catorce, catorce eran los personajes. De hecho, algunas ni siquiera son publicables, no por nada, sino que son temas exclusivamente locales.

De todas maneras los niños lo hacían de maravilla. Tengo experiencias preciosas de cuando hacía teatro con mis alumnos. Para mí escribir es ser un poco actor. Saber creerte esos personajes, creerte lo que estás viviendo.

P. ¿Por qué cuando tus personajes niños despiertan al mundo de los adultos lo hacen a través de experiencias dolorosas?

R. La felicidad aquí, no existe, sólo existen momentos felices. Creo que no debemos traumatizar a los niños con problemas terribles, pero la vida tiene muchos momentos duros que hay que aprender a superar. Todo esto ayuda a madurar. A pesar de todo, en mis libros siempre dejo un camino abierto a la esperanza, aunque a veces haga saltar alguna lágrima.

P. ¿Por qué en tus libros siempre es más comprensiva y tierna la imagen del abuelo que la de la abuela?

R. Pues no lo sé, pero si intento analizarlo es posible que a la mujer dentro del hogar siempre le toque ser más dura, sobre todo en Galicia. Los niños pasan más tiempo con la madre y a la hora de la verdad la que regaña es la madre. La dureza de la mujer es aparente porque, en el fondo de su corazón, siente tanta ternura como cualquiera.

P. Tu mundo es el rural evidentemente.

R. Quizá sea el mundo que más conozco. Vivo en una zona semiurbana. En mi infancia viví en el campo. Son mis vivencias las que me llevan. Como debes de ser auténtico al escribir, cada uno se llena de lo que tiene dentro.



«Creo que no debemos traumatizar a los niños con problemas terribles, pero la vida tiene muchos momentos duros que hay que aprender a superar»

P. De niña, ¿cuáles eran tus personajes favoritos?

R. Me gustaban mucho los animales. Sufrí y sigo sufriendo cuando veo que un animal es maltratado. También me gustaba hablar con las personas mayores. Me sentaba en un banco a charlar con las señoras mayores.

P. ¿Y tus juegos favoritos?

R. Siempre fuera. Jugábamos mucho en la calle, cosa que los niños de hoy no pueden hacer. Recuerdo muchos más juegos que juguetes. Hoy no les

dejamos tiempo para respirar, casi no tienen infancia. Les llenamos de actividades. Tal vez los niños de ambientes rurales sí puedan todavía jugar con fuego o con agua como hacíamos antes. Son niños con más vivencias. Últimamente estoy observando que los padres de ambientes urbanos mandan a sus hijos a campamentos de granjas para que tengan contacto directo con los animales, con la tierra, porque saben que esto les enriquece.

P. También escribes poesía.

R. Me gusta mucho, tanto en *El estanque de los patos pobres* como en *¡Pásmate Merche!* aparece algún poema. Sí, tengo muchos poemas sin publicar, pero son muy íntimos. Me encanta leer poesía. Incluso me produce un escalofrío. Intento meterme en el sentimiento del poeta para disfrutar mucho más. Está claro que los sentimientos son comunes en todas las personas incluso entre culturas diferentes.

P. ¿Conseguiste las "katiuskas" que tanto deseabas?

R. Lo normal era usar "zocos" porque eran más calientes pero a mí no me gustaban. Lo que yo quería eran unas "katiuskas" para meterme en los charcos y cuando las conseguí, no hubo charco en el que no me metiera.

P. Para terminar, cuando pones fin a uno de tus libros, ¿cómo te sientes?

R. Vacía, totalmente vacía, como si hubiera entregado todo mi ser. Pero enseguida vuelvo a llenarme y vuelven nuevas ideas.

La voz seductora y a la vez firme de Fina nos envuelve y seduce casi sin querer. Su lengua materna, la gallega, llena de calor y de matices intraducibles, nos conduce casi mágicamente a su mundo de sentimientos y fantasía.